

Para que haya paz en Corea, la economía debe ir primero

por Kathy Wolfe

El concepto de “grandes proyectos” de infraestructura —tales como el Puente Terrestre Eurasiático, conocido también como la “Nueva Ruta de la Seda”— debe aplicarse también en forma específica para evitar un conflicto militar en Corea y coadyuvar al éxito de las pláticas de las Seis Potencias, dijo el candidato presidencial estadounidense Lyndon H. LaRouche, fundador de *EIR*. LaRouche es el “abuelo” conceptual de la Nueva Ruta de la Seda.

En un nuevo enfoque de “economía primero”, el Puente Terrestre Eurasiático o Nueva Ruta de la Seda debiera figurar en primer plano de las discusiones en las pláticas de las Seis Potencias, recomendó LaRouche a las naciones participantes: China, Rusia, Japón, las dos Coreas y los Estados Unidos. Eso entrañaría la construcción inmediata del Ferrocarril Transcoreano y otras obras regionales de gran alcance. LaRouche observó que las naciones eurasiáticas, si Washington opone resistencia inicial, podrían cautivar la imaginación del público estadounidense con este concepto de un “gran diseño”; la mayoría de los estadounidenses apoyaría tal enfoque si se le explica debidamente, desde la perspectiva de la tradición del programa de exploración lunar de John F. Kennedy, y el programa de reconstrucción económica de Franklin Delano Roosevelt.

Grandes obras y revoluciones tecnológicas

La Nueva Ruta de la Seda es de vital importancia para la seguridad nacional y los intereses nacionales fundamentales de Rusia, China, Japón y los EU, así como de Corea. Se trata de un plan de fortalecer el interior de China, hacia el occidente, hasta ahora tan precario económicamente. Es también un plan de reconstrucción de la economía de Siberia, región enormemente subexplotada, víctima de peores daños, bajo la férula del Fondo Monetario Internacional, que aun bajo el comunismo.

Se trata de un plan para rescatar la economía japonesa de la “década perdida” de las quiebras bancarias y reveses industriales causados por la contracción de las exportaciones. Incluso daría pie al nuevo mercado de exportaciones que tan urgentemente necesitan los EU. Grandes obras de infraestructura que exijan el salto a nuevas generaciones de tecnología —como lo hizo el programa de exploración lunar de Ken-

nedý— son la mejor forma de impulsar una auténtica recuperación, porque renuevan la base industrial. El proyecto Apolo dio lugar al láser, al microcircuito y a muchos otros adelantos tecnológicos de los que dependen hasta la fecha las economías de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Desde entonces la OCDE no ha experimentado una nueva revolución tecnológica, que hoy le urge como nunca. Si se extiende “de Tokio a Pusan a París” tecnología moderna tal como los trenes de gran velocidad, ello impulsaría mejoras en la base industrial de Japón, Surcorea y todas las naciones participantes, ya que la movilización para proyectos de tan gran escala requiere introducir en grande tecnología de nueva generación.

Este es un plan para miles de millones de personas, señala LaRouche; no se le puede desechar como simples “dádivas para Corea del Norte”. Lo que se propone no son dádivas (algo de petróleo, algo de arroz); lo que se propone es revolucionar la base industrial de Japón, Surcorea, China y Rusia, mediante la introducción de tecnología de punta. Norcorea tendría que modernizarse y ponerse a la par, ya que se encuentra en el camino. Las voces que piden armas nucleares perderían fuerza.

Medio siglo de prueba

Desde hace veinte años LaRouche viene proponiendo el enfoque de “la economía primero” para resolver el conflicto palestino-israelí. El concepto es sencillo: los tratados de papel se violan a menudo; pero si se levantan conjuntamente las economías, de forma que los pueblos disfruten mejores condiciones generales de vida, la cooperación se hace duradera. Israel y Palestina necesitan agua. Si hubieran construido obras hidráulicas y reverdecido el desierto, como se hizo en los EU en los 1930, ahora hubiera mayor disponibilidad de tierra arable, y habría una base real para resolver los problemas políticos.

Pero por cincuenta años Israel y Palestina no han alcanzado ningún acuerdo duradero, porque se ha dado precedencia a los tratados en papel, dejando el desarrollo económico para después. Pero todos los tratados “de papel” se han roto, y el Oriente Medio sigue sumido en guerra cada vez peor.

También han pasado cincuenta años desde el cese al fuego de la guerra coreana, y el resultado de ese tratado “de papel” ha sido poco menos que desastroso en la Península. Ahora peligran también las pláticas de las Seis Potencias, a falta de poner primero la economía. Como dijo el ministro de Relaciones Exteriores surcoreano Yoon Young-kwan en abril de 2003: “las armas nucleares no son el principio y el fin de toda la política económica y exterior del mundo”.

El doctor Ra Jong-il, asesor de seguridad nacional del presidente surcoreano Roh Moo-hyun, también explicó la idea de “poner primero la economía”, en una columna el 13 de mayo de 2003 en el *International Herald Tribune*, titulada “Diálogo con el Norte: paso a paso hacia una sola Corea”. Seúl, dijo Ra, debe fomentar el “diálogo económico” con



Nuestros corresponsales de EIR, Kathy Wolfe (izq.) y Jonathan Tennenbaum (der.), conversan en Seúl con la directora y uno de los reporteros de la revista sudcoreana Mahl.

Pyongyang desde ya, y dejar para después los “grandes temarios” de los tratados. “El principio es sencillo”, explicó. “Avanzar unilateralmente hacia la reconciliación con Norcorea, ampliando gradualmente las áreas de interés común. . . Tal enfoque dista mucho del que prevaleció en el siglo anterior. En vez de elaborar grandes temarios en nombre de la ideología o la gloria nacional, esta política de diálogo apunta más bien a suplir necesidades básicas: mejor alimentación, educación y más opciones para todos”.

“Debemos evitar”, sentenció el experto en seguridad nacional, “la suerte de grandes logros políticos que fueron recibidos con entusiasmo, pero que hicieron poco por mejorar las condiciones de vida, y más bien causaron gran miseria y sufrimiento”.

Hay que echar a andar el tren

Para interrumpir la “cadena de fracasos” en Corea, hay que pensar en ampliar las pláticas de las Seis Potencias al tema de las necesidades económicas de todos los países participantes, recomienda LaRouche. Y es que el Puente Terrestre Eurasiático no es “sólo trenes”. Se trata de un concepto más amplio: el de un renacimiento mundial. Su “columna vertebral” es el plan de tender ferrocarriles de gran velocidad desde Tokio a Pusan y Pyongyang, y de ahí a París. Dondequiera que surja la posibilidad en el desarrollo de este corredor, se debe aprovechar tecnología avanzada tal como la levitación magnética —tecnología que ya se empezó a compartir entre China y Alemania en la región de Shangai— para levantar nuevas industrias y emplear más gente, con destreza superior y mejores niveles de vida.

El Puente Terrestre Eurasiático es también un plan de tender oleoductos y gasoductos a lo largo de los 2.500 kilóme-

tros desde el lago Baikal, en Siberia, a Pyongyang, Seúl, Pusan y Tokio. Es un plan de construir nuevas redes eléctricas y plantas de energía. Es un plan de crear nuevos sistemas hidráulicos para controlar las inundaciones en el sur de China, y llevar agua a los desiertos del norte de China, así como a Rusia y el Asia central. A la par de las vías férreas, se propone construir nuevas ciudades, nuevos proyectos agrícolas y nuevas áreas industriales, como “zonas de desarrollo” en una franja de diez millas de ancho.

Hasta ahora Corea del Norte ha adoptado una táctica de lentitud en su impulso al Ferrocarril Transcoreano, poniendo todo el énfasis en un acuerdo bilateral de seguridad con Washington. Ello se debe no sólo a las amenazas de Washington, sino tam-

bién a problemas internos norcoreanos, y a su temor de abrirse plenamente a la cooperación con el Sur.

Podría explicársele a Norcorea que de nada sirve insistir en tratados “de papel” sin base en la realidad económica, de la misma manera en que dichos tratados no han servido de nada en el Oriente Medio. Un tratado en papel puede lucir muy prestigioso, pero no garantiza nada. Ahí está, si no, la suerte de los Acuerdos de Oslo, así como los propios Acuerdos Marco de 1994 entre los EU y Norcorea. A menos que las dos partes se comprometan a poner en marcha un componente económico serio, tales acuerdos simplemente se arrojan, como yesca, al fogón.

La única garantía efectiva contra la guerra es echar a andar el tren de una vez entre Pusan y Pyongyang. Si el mundo ve correr el tren todos los días, como cualquier nación normal, entonces los peores extremistas de Washington tendrán que pensarlo dos veces antes de lanzarse a la guerra. Si las cinco potencias eurasiáticas —China, Rusia, las dos Coreas y el Japón— crean una alianza para forjar este proyecto, se crearía una “Superpotencia para la Paz” que nadie se atrevería a atacar. La única garantía es la fuerza económica.

Cuando los ojos del mundo vean trabajando juntos ingenieros surcoreanos y norcoreanos, hombro a hombro, en la más grande obra de los tiempos modernos, entonces Corea gozará del prestigio de ser una de las mayores potencias de la Tierra. El prestigio viene del uso de la mente humana, para mejorarle la vida a la población.

Las dos Coreas, en compañía de sus aliados eurasiáticos, tienen ahora en sus manos el poder soberano de emprender este camino, por obra de sus propias manos, sin esperar la aprobación de otras capitales.